

preguntaron si el FBI le había pagado para incriminarme dijo que «no podía hablar de eso».

Cuando concluyó la intervención de la acusación, se denegó nuestra petición de que el caso fuera archivado, y tuvimos que pasar a defendernos. Evelyn y Martha Pitts, una buena amiga mía, trabajaban día y noche. Como no podíamos pagar a ningún investigador, ellas fueron las que hicieron todo el trabajo de campo. Martha, una enfermera acreditada, investigó la declaración de Freeman de que había sido drogado. Evelyn salía como loca después del juicio en busca de personas que pudieran testificar. A mí me parecía bastante inútil, no concebía cómo se podían encontrar testigos de la defensa en un montaje. Para cuando llamamos a nuestro primer testigo, Evelyn parecía satisfecha y se frotaba las manos.

—Esta vez los hemos cazado —sonrió—. No han usado suficiente mierda para tapar sus huellas.

Y no lo habían hecho. Los registros citados de la Autoridad Estatal sobre Alcohol establecían que el dueño del bar era otra persona, no el testigo que había declarado ser el propietario. El verdadero propietario declaró que había cerrado el bar antes del presunto secuestro, que había ido cada día durante el periodo de tiempo que duró el «secuestro» y que lo había cerrado con llave y no le había dado a nadie permiso para usarlo. El bar llevaba un año cerrado antes del presunto delito. La conclusión obvia e irrefutable era que, de hecho, no había bar ni «escena» del presunto acto criminal y, por ende, tampoco había delito. Los registros médicos citados y los testimonios de los expertos médicos mostraban que en el estómago de Freeman sólo había un par de aspirinas, lo que desde luego no corroboraba su testimonio de que le habían drogado con unas sustancias que no podía identificar, que le habían forzado a tragar y que le habían dejado sin sentido durante varias horas.

Lógicamente, el 8 de diciembre de 1975, después de cuatro meses de juicio, el jurado nos absolvió a Ronald Myers y a mí.

Cuando entré en el Manhattan Community College tenía toda la intención de especializarme en administración de empresas y sacar un título en *marketing* o publicidad. Sin embargo, sólo me apunté a una clase de empresariales. Me interesaba más aprender historia, psicología y sociología que aprender cómo venderle algo a alguien.

Tuve mucha suerte. Volví a la universidad en un momento en el que la lucha y el activismo estaban en auge, en el que estaban creciendo la conciencia y el nacionalismo Negro. También tuve mucha suerte con el centro que elegí.

El Manhattan Community College tenía un alto porcentaje de estudiantes Negros y del Tercer Mundo, más del cincuenta por ciento. El nivel de actividad era alto tanto dentro como fuera del campus. Los Golden Drums, la organización Negra del campus, cuyo presidente era el hermano Henry Jackson, un chico disciplinado y de principios, hacía presión para que se incluyeran clases sobre estudios Negros, profesores Negros y programas más acordes con las necesidades de los estudiantes Negros y su conciencia cultural. Daban todo tipo de clases, sobre danza Africana, dibujo y demás. Por el boca a boca o los tablones de anuncios nos enterábamos de conciertos, obras de teatro, recitales de poesía, etc. The Last Poets, un grupo de jóvenes poetas Negros, me impactaron. Siempre había pensado en la poesía desde un punto de vista europeo, pero The Last Poets hablaban en ritmos Africanos, cantaban al son de los tambores de África y hablaban de revolución. Cuando salíamos de su local de la calle ciento veinticinco —me parece que se llamaba el Blue Guerrilla— estábamos tan emocionados y encendidos que se nos pasaba volando el largo camino de vuelta en metro.

...agua fuera, a
a estudiar, todavía más. Estaba aprendiendo y cambiando, in-
cluso la imagen de mí misma cambiaba, así como mi concepto de
la belleza. Un día, un amigo me preguntó por qué no me dejaba
mi pelo natural, Afro. La idea ni siquiera se me había ocurrido
antes. En aquella época, no había muchos Afros en aquel entorno.
Pero cuanto más lo pensaba, mejor sonaba. Siempre había detes-
tado plancharme el pelo —las orejas quemadas, un alisado ahu-
mado y la peste de nuestro propio pelo quemándose—. Cuántas
noches había pasado intentando dormir con rulos, envuelta en
paños que se me hundían en la cabeza como un torniquete. Con
miedo a ir a la playa, miedo a caminar bajo la lluvia, a hacer el
amor apasionadamente en noches calurosas de verano si tenía
que levantarme temprano al día siguiente para trabajar. Miedo
a que mi pelo «volviera». ¿Volviera adónde? Al infierno o a África.
La permanente era todavía peor: intentar esperar paciente-
mente mientras la lejía se abría paso hacia mi cerebro. Mechones
de pelo que iban cayendo. Sentir como si tu pelo fuera el de otra
persona.

Y luego me di cuenta de que había toda una generación de
mujeres negras que se escondía tras pelucas. Avergonzadas de su
pelo —si es que les quedaba algo—. Era triste y repugnante. En
ese momento, mi pelo estaba engominado químicamente, pero el
peluquero decía que estaba «relajado». Para devolverlo a su estado
natural, tuve que librarme de la gomina química. Me lo corté yo
misma y luego pasé horas en la ducha hasta que se derritió todo
el mejunje. En el metro, al día siguiente, la gente me observaba,
pero mis amigos en la universidad me apoyaban y me animaban.
La gente tiene razón cuando dice que lo que cuenta no es lo que
tengas sobre tu cabeza sino dentro de ella. Puedes ser una persona
con ideas revolucionarias y llevar el pelo planchado. Y puedes
tener el pelo Afro y ser un traidor para tu gente. Pero, para mí,
cómo vistas y el aspecto que tengas siempre refleja lo que quieres
decir de ti misma. Cuando llevas el pelo de un cierto modo o usas
un determinado tipo de ropa, estás diciendo algo sobre ti misma.
Cuando pasas toda tu vida procesando y maltratando tu pelo para
que parezca que es el de otra raza, estás haciendo una declaración

...muy evidente. Da igual si es el rizado engominado, rizos artificia-
les o lo que sea, estás haciendo una declaración.

Para mí se trataba de una declaración muy sencilla. Ésta soy yo
y así es como quiero verme. Esto es lo que pienso que es bello.
Puedes pasarte toda la vida descubriendo peinados africanos, hay
muchísimos y un montón de estilos creativos y naturales que in-
ventar todavía. Para mí, era importante no sólo por lo bien que
me hacía sentir sino por el mundo en el que vivía. En un país
que intenta negar completamente la imagen de la gente Negra, que
constantemente nos dice que no somos nada, que nuestra cultura
no vale nada, sentía y sigo sintiendo que tenemos que hacer constan-
tamente declaraciones positivas sobre nosotros mismos. Nues-
tro deseo de ser libres tiene que manifestarse en todo lo que so-
mos y lo que hacemos. Hemos aceptado demasiado de un estilo
de vida negativo y una cultura negativa y tenemos que actuar con
conciencia para librarnos de esa influencia negativa. Quizá en otra
época, cuando todo el mundo sea igual y libre, ya no importe
cómo lleve alguien el pelo o se vista o la pinta que tenga. Entonces,
no habrá opresores a los que imitar o evitar imitar. Pero ahora
mismo creo que es importante que nos veamos y nos sintamos
fuertes, orgullosos hombres y mujeres Negras que miran a África
como modelo.

No llevaba ni siquiera un minuto en la universidad cuando un
hermano me habló en clase de Matemáticas sobre Golden Drums.
Después de un par de reuniones, me había enganchado. Se diri-
gían a mí como hermana, estaban contentos de verme en las reu-
niones, se preocupaban por saber cómo me iba en clase y se inte-
resaban realmente por mí como persona.

Una de las muchas charlas organizadas por los Drums era so-
bre la vida de un esclavo que se había rebelado y luchado por su
libertad. Aquí mismo, en américa. Hasta ese momento, mi único
conocimiento de la historia de los Afrikanos en américa era de
George Washington Carver y sus experimentos con cacahuets y
sobre el Ferrocarril Clandestino. Harriet Tubman siempre fue mi
heroína, simbolizaba todo lo que para mí era la resistencia Negra.
Pero nunca se me había ocurrido que cientos de personas Negras
se habían juntado para luchar por la libertad. El día que descubrí

a Nat Turner me emocioné muchísimo. Estaba con la adrenalina por las nubes y no me podía contener. Rebusqué en todos los libros que tenía mi madre. No encontré el nombre de Nat Turner por ninguna parte.

Había crecido creyendo que los esclavos no habían luchado. Recuerdo que me avergonzaba cuando en la escuela hablábamos sobre la esclavitud. Los profesores lo contaban como si los Negros no hubieran participado en absoluto en su «emancipación» oficial de la esclavitud. Eran los Blancos los que nos habían liberado.

Después de eso, no había forma de pillarme sin un libro en la mano. Lo leía todo, de J. A. Rogers a Julius Lester. De Sonia Sánchez a Haki Madhubuti (Don L. Lee). Iba a ver obras de teatro de dramaturgos Negros como Amiri Baraka y Ed Bullins. Era fascinante. Se me abrió un mundo nuevo. Empecé a conocer también a muchas hermanas y hermanos cuyo nivel de conciencia era mucho más alto que el mío —gente Negra que se había formado no sólo leyendo sino también participando en la lucha, gente que hablaba tanto de Denmark Vesey, Gabriel Prosser o Cinque¹³ como de Nat Turner, porque habían puesto todo su empeño en aprender sobre nuestra historia y nuestra lucha—.

Muchos de nosotros tenemos ideas equivocadas sobre la historia Negra en américa. Normalmente lo que nos enseñan en la enseñanza pública es impreciso y está distorsionado y plagado de descaradas mentiras. Entre las mentiras más comunes está la de que Lincoln liberó a los esclavos, que la Guerra Civil se llevó a cabo para liberar a los esclavos y que las condiciones de la gente Negra en américa habían experimentado un progreso lento pero constante, que las cosas habían mejorado poco a poco. Creer estos mitos nos hace cometer errores muy graves a la hora de analizar nuestra situación actual y planear la acción futura.

Abraham Lincoln no fue en absoluto amigo de los Negros. Nuestro conflicto le importaba bien poco. En su famosa réplica al editor Horace Greeley en agosto de 1862, declaró abiertamente:

¹³ Aunque Assata no acentúa este apellido, pensamos que se refiere a Joseph Cinqué. Ver su entrada en el glosario. (N. de las TT.)

Mi principal objetivo en esta lucha es salvar la Unión, y no es ni salvar ni destruir la esclavitud. Si pudiera salvar la Unión sin liberar ningún esclavo, lo haría, y si pudiera salvarla liberando a algunos y dejando a otros como están, también lo haría.

Lincoln fue elegido presidente en 1860. Inmediatamente después, Carolina del Sur celebró una convención y votó unánimemente salirse de la Unión. Antes incluso de que Lincoln tomara posesión, Florida, Georgia, Alabama, Mississippi, Louisiana y Texas siguieron el ejemplo de Carolina del Sur. En su discurso inaugural el 4 de marzo de 1861, Lincoln declaró que la esclavitud era legal según la constitución y que él no tenía ni derecho ni intención de abolirla. Además prometió reforzar la Ley del Esclavo Fugitivo, que permitía a los dueños de esclavos sureños «reclamar» a sus esclavos que habían huido a estados del Norte. Lo que la ley concedía de hecho a cada persona blanca era un «certificado de propiedad», el derecho a secuestrar a cualquier hombre, mujer o niño Negro «libre» y forzarlos a ser esclavos. Por esta postura, Lincoln recibió muchas críticas de parte de los Negros abolicionistas. Ford Douglas, un esclavo fugitivo que acompañó a Frederick Douglass en sus giras contra la esclavitud en el Oeste, condenó la posición de Lincoln:

Con respecto a la revocación de la Ley del Esclavo Fugitivo, Abraham Lincoln comparte la misma posición que el viejo partido *whig* tenía en 1852. [. . .] Aquí, pues, Abraham Lincoln está a favor de mantener esa infame legislación, que no sólo erosiona la libertad de cada negro en Estados Unidos, sino también la libertad de cada blanco, pues, de acuerdo con esa ley, no hay un solo hombre hoy que no pueda ser detenido por el simple testimonio de otro individuo, y, tras un juicio sin audiencia de la otra parte, entregado directamente a la esclavitud y las cadenas.

El 12 de abril de 1861, tropas sureñas abrieron fuego en Fort Sumter, Carolina del Sur, dando comienzo así a la guerra civil. La respuesta de los norteamericanos fue impresionante. Millones de personas a quienes la secesión del Sur había dejado indiferentes o

que no habían mostrado gran entusiasmo se apuntaron a defender la Unión. Pero el entusiasmo duró poco. Ya consideraban a los trabajadores Negros en el Norte como competidores para sus trabajos, y los nortños blancos, por temor a perder todavía más trabajos frente a los Negros, se negaron a alistarse en número suficiente para que el Norte ganara la guerra. Cuando se promulgó el proyecto de ley de alistamiento, cientos de miles de trabajadores blancos en Nueva York tomaron las calles y pegaron y asesinaron brutalmente a cada persona Negra que pudieron encontrar. Se estima que entre cuatrocientos y mil Negros fueron asesinados como resultado de los llamados disturbios del proyecto de ley de alistamiento de Nueva York. También hubo disturbios de alistamiento y asesinatos de Negros en otras ciudades del Norte.

Lincoln se había opuesto originalmente a que los Negros lucharan en la guerra civil, declarando:

Admito que la esclavitud está en la raíz de la rebelión, y por lo menos es condición sine qua non. [...] También admito que la emancipación nos ayudaría en Europa. [...] Acepto además que ayudaría en cierta manera en el Norte, aunque no tanto, me temo, como se imaginan usted y los que usted representa. [...] Y además, sin duda debilitaría a los Rebeldes al quitarles a sus jornaleros, lo cual es de gran importancia; pero no estoy tan seguro de que los Negros nos sirvan de mucho. Si les diéramos armas, me temo que al cabo de algunas semanas esas armas caerían en manos de los Rebeldes. (*Historia de la Raza Negra en America*, Vol. II, p. 265.)

Los blancos del Norte estaban encantados ante la posibilidad de que personas Negras participaran en la guerra. Un verso popular publicado en los periódicos del momento reflejaba el sentimiento de muchos nortños:

*Algunos dicen que es una vergüenza
Dejar que luchen los negritos
Y que morir en guerra*

*Corresponde sólo a los blancos,
Pero voto a Dios,
Aquí somos tan liberales
Que dejaré a Sambo morir en mi lugar
Sin mayor dificultad.*

De hecho, hasta 1863 Lincoln no promulgó la Proclamación de la Emancipación. Pero el documento no tuvo apenas efecto inmediato. Sólo liberaba a los esclavos en los estados Confederados; los esclavos en los estados leales a la Unión seguían siendo esclavos. Lincoln, claramente, no creía que las personas Negras pudieran vivir en EE.UU. como ciudadanos de pleno derecho. En los debates de Lincoln-Douglas, declaró:

Si se me otorgara todo el poder del mundo, no sabría qué hacer con las instituciones actuales. Mi primer impulso sería liberar a todos los esclavos y mandarlos a Liberia —su tierra natal—. Pero tras reflexionar un poco, me convencería de que, por muy altas miras que tuviera dicho plan. [...] su ejecución a la larga es imposible. [...] ¿Entonces qué hacer? ¿Liberarlos a todos y mantenerlos como ciudadanos de segunda? ¿Acaso esto mejora su situación? Yo no tendría ni a uno solo como esclavo bajo ningún concepto, pero aun así no lo tengo tan claro como para denunciar a nadie por ello. Por lo tanto, ¿qué hacer? ¿Liberarlos y hacerlos política y socialmente nuestros iguales? Mis propios sentimientos no admitirían esto, y, aunque así fuera, está claro que la gran mayoría de los blancos no lo aceptaría.

Lincoln era un convencido de la exportación masiva de personas Negras a cualquier lugar. En 1865, al final de la guerra, le pidió al General Butler que investigara la posibilidad de usar a la armada para llevar a los Negros a Haití o a otros lugares del Caribe y de América del Sur.

Es muy importante tener claro que la Guerra Civil (llamada así en inglés para referirse a lo que en español se denomina «la guerra de secesión») no se llevó a cabo para liberar a los esclavos. Fue una guerra entre dos sistemas económicos, una guerra por el

poder y el control de EE.UU., entre dos facciones diferentes de la clase gobernante: los blancos ricos del Sur propietarios de esclavos, y los blancos ricos del Norte propietarios de la industria. La batalla fue entre una economía de plantación basada en la esclavitud y una economía industrial.

En los años previos a la Guerra Civil se estaba produciendo una revolución industrial. Inventos como la desmotadora, el telégrafo, los barcos de vapor y los trenes de vapor cambiaron completamente los métodos de fabricación, transporte, explotación de la minería, comunicaciones, agricultura y comercio. La cantidad de bienes producidos ya no estaba determinada por la cantidad de personas que trabajaban en el proceso, sino por la capacidad de las máquinas. América ya no era un país que producía materias primas para las naciones industriales en Europa. En 1860, según el censo, 1.385.000 personas estaban empleadas en fábricas y un sexto de la población total se mantenía directamente de la industria fabril. El número era mucho más alto si se sumaban vendedores, trabajadores del transporte y comerciantes.

Según iban creciendo los centros de producción industrial, se importaban inmigrantes europeos como fuente de mano de obra barata. Más de cinco millones entraron en EE.UU. entre 1820 y 1860. Aunque el Sur tenía muchos molinos de algodón funcionando, las fábricas eran pequeñas y crecían muy lentamente. En 1850, el valor de los bienes manufacturados del Norte, en estados «libres», era el cuádruple de la producción de los estados «esclavos» del Sur. Y con el auge de la industria se intensificó la crisis económica y la amenaza del colapso industrial.

Aunque había habido crisis económicas con anterioridad, la gente vivía generalmente de las granjas y la depresión económica no acarreaba tantas penurias para las masas. Pero al haber tanta gente viviendo en las ciudades, las crisis económicas significaban desempleo y no había forma de pagar comida, ropa y abrigo. La primera gran crisis tuvo lugar en 1825, seguida por depresiones posteriores en 1829, 1837, 1847, y una más severa en 1856. La recesión en 1857 destruyó casi completamente el movimiento obrero. La pobreza en las ciudades del Norte y del Sur era impactante.

Harapos, suciedad, pobreza, hambre y miseria eran palabras que se usaban para describir los guetos en 1800.

Para solucionar los problemas en las ciudades industriales, muchos pedían reformas como educación gratuita, el derecho a la huelga, la abolición del trabajo infantil, el establecimiento de una jornada laboral de diez horas, concesiones de tierra en el Oeste para la gente pobre de las ciudades, la abolición de la cárcel para los deudores y el fin de las leyes que prohibían votar a varones blancos sin propiedades. El gran capital pretendía extender el capitalismo y la industria a otros lugares del país. Y eso es en lo que los capitalistas del Norte chocaban con los propietarios de esclavos del Sur.

Los capitalistas del Norte querían que los nuevos estados que entraran a la Unión lo hicieran como estados «libres». Los propietarios de esclavos querían que entraran como estados «esclavos». Para mantener un equilibrio de poder, el Norte y el Sur habían llegado a varios compromisos. El principal fue el «Compromiso de Missouri». Los capitalistas del Norte temían que los propietarios de esclavos abrieran fábricas y produjeran bienes más baratos porque no tenían que pagar la mano de obra. Los trabajadores blancos temían perder sus empleos a causa de la esclavitud. Los propietarios de las plantaciones del Sur, por supuesto, querían que el sistema esclavista se extendiera por todo el país.

Las diferencias entre el Norte y el Sur eran económicas, no morales. Para que los capitalistas controlaran la economía y el sistema político, el sistema de esclavos tenía que ser derrotado.

En 1856, el recién nacido partido republicano presentó a Abraham Lincoln, un antiguo *whig*, como su primer candidato presidencial. Perdió. En 1860 se presentó de nuevo con una poderosa propuesta de tres puntos:

1. Eliminar la esclavitud en todos los territorios.
2. Establecer grandes aranceles protectores.
3. Promulgar una ley sobre la propiedad rural por la que se concedía una granja de tamaño medio a cualquiera que es tuviera dispuesto a cultivar la tierra.

La propuesta estaba diseñada para atraer a los capitalistas del Norte, jornaleros blancos pobres, granjeros y abolicionistas. La abolición de la esclavitud sólo era una cuestión moral para una parte minúscula de la población, la gran mayoría de la población blanca que apoyaba la abolición de la esclavitud o que luchó en el ejército de la Unión lo hizo por interés propio, no por amor o preocupación por los Negros.

Cada vez me sentía más activa. Comencé a tomar las riendas de mi vida. Antes de retomar mi educación, sabía que no quería ser una intelectual, pasarme la vida entre libros y bibliotecas sin tener ni idea de lo que pasaba en las calles. La teoría sin la práctica está tan incompleta como la práctica sin teoría. Las dos van juntas. Yo estaba decidida a hacer las dos cosas.

La mejor forma de acercarme a la realidad era escuchando a la gente. Los estudiantes Negros que iban al Manhattan Community College pertenecían a todo tipo de organizaciones. Había gente de los Black Muslims, Garveyites,¹⁴ la Organización de la Unidad Afro-Estadounidense de Malcolm X, así como miembros de otras varias organizaciones comunitarias y culturales, y también algunos jóvenes turcos de la NAACP. Nos juntábamos y hablábamos absolutamente de todo. Yo escuchaba mucho más de lo que hablaba, pero preguntaba todo lo que no comprendía. Algunas veces las discusiones y debates se encendían tanto que duraban hasta las once de la noche, cuando terminaban las clases nocturnas y se cerraba el edificio.

Una de las primeras organizaciones que investigué fue un grupo Garveyite que tenía un local grande en la calle ciento veinticinco. Acababa de leer un libro sobre Marcus Garvey. De hecho, hacía poco que me había enterado de su existencia. Era una vergüenza. Había encabezado uno de los movimientos Negros más potentes de américa y yo ni siquiera sabía de su existencia hasta que fui adulta. Uno de los hermanos que estudiaba allí me invitó a una reunión.

La reunión era arriba. Parecía que había cientos de sillas en la sala. Yo llegué un poco temprano y todavía no había mucha gente. Vi al hermano que me había invitado y él me presentó a diez o

¹⁴ Ver en el glosario la entrada de Marcus Garvey.

quince personas que andaban por allí. Nos sentamos a hablar en un pequeño grupo mientras esperábamos a que llegara el resto de la gente. Nunca llegaron. Era evidente que todos se conocían y que llevaban mucho tiempo asistiendo a esas reuniones. Después de un rato, subió un orador a la tarima. Me dio la bienvenida y luego soltó un discurso apasionado. Uno tras otro, se levantaban y daban discursos como si estuvieran hablando a salas repletas de gente. El resto aplaudía con ganas. Me daba pena. Era gente encantadora y sincera, pero su círculo se había quedado tan pequeño que se limitaban a soltarse discursos unos a otros.

Ningún movimiento puede sobrevivir si no crece constantemente y cambia con los tiempos. Si no crece se estanca, y sin el apoyo de la gente no puede existir ningún movimiento de liberación, por muy acertado que sea su análisis de la realidad. Por eso es tan importante el trabajo y la organización política. O tratas los temas que preocupan a la gente y contribuyes en una dirección positiva o no te van a apoyar nunca. La primera cosa que intenta hacer el enemigo es aislar a los revolucionarios de las masas, haciéndonos parecer monstruos horribles y repugnantes para que nuestra gente nos odie.

Lo que normalmente nos llega es solamente información sobre los llamados «líderes responsables», los que son «responsables» a ojos de quienes nos oprimen. De la misma manera que no nos llega nada sobre los hombres y mujeres Negras que han luchado dura e incansablemente a lo largo de nuestra historia, no nos llega nada sobre nuestros héroes de hoy.

Las escuelas a las que vamos son reflejos de la sociedad que las crea. Nadie te proporciona la educación necesaria para que los desafíes. Nadie te va a enseñar tu verdadera historia, tus verdaderos héroes, si saben que ese conocimiento te ayudará a liberarte. A los colegios en américa les interesa lavar el cerebro de la gente a base de americanismo, proporcionándoles un mínimo de formación y las destrezas estrictamente necesarias para cubrir los puestos que requiere el sistema capitalista. Mientras sigamos esperando que los colegios americanos nos eduquen, seguiremos siendo ignorantes.

Los padres de la zona de Ocean Hill–Brownsville de Brooklyn, como todos los padres Negros en Nueva York en aquel momento, estaban luchando por el control de los colegios en sus comunidades. Querían tener voz sobre qué se enseñaba a sus hijos, cómo se gestionaban los centros y quién les iba a enseñar. Querían que la junta de la escuela tuviera la capacidad de contratar y despedir a profesores en sus distritos, pero el consejo de educación de la ciudad y la Federación Estadounidense de Profesores estaban en contra.

Un buen grupo del Manhattan Community College cogimos el metro para ir a la manifestación convocada por los padres de Ocean Hill–Brownsville. Nada más salir del vagón nos encontramos con algunos estudiantes del CCNY. Parecía que todo el tren se dirigía a la marcha, era justo el tipo de evento político que me gusta.

Un mar de caras Negras llenas de energía. Orgullosas, animadas, furiosas, vivas, disciplinadas y, sobre todo, con ese sentimiento de hermandad que adoraba. Varios padres se dirigieron a la multitud, junto con el director Negro al que los padres querían contratar. Una profesora Negra, tocada con un pañuelo al estilo africano, habló de lo importante que era que los Negros controláramos nuestros colegios. Mientras hablaba agitaba los brazos llenos de pulseras. Todo el mundo alucinó con lo que decía. Había un ambiente de euforia colectiva. Parecía que hasta el mismo aire vibrara como en un baile.

Cuando terminó, yo detestaba la idea de volver a casa. No hay muchas experiencias que te dejen ese sentimiento pleno de satisfacción que te hace sentir tan limpia y fresca como cuando estás luchando por tu libertad.

La mayor parte de nosotros sentía que tomar el control de nuestros barrios era el primer paso hacia la liberación. Nos sentamos en la parada del metro soñando despiertos. Cuando llegaba un tren, lo dejábamos pasar. Primero, nos haríamos con el control de los colegios, luego de los hospitales, después tomaríamos el de las universidades, la vivienda, etc., etc. La comunidad controlaría los empleos, los servicios sociales y las agencias locales, estatales y federales.

—Esperad un momento —dijo alguien—. ¿Y de dónde vais a sacar vosotros el dinero para llevar a cabo todo eso?

—La comunidad tomará el control de los bancos —respondió otra persona.

—Más os vale controlar también al ejército, porque esos bancos no se van a quedar de brazos cruzados mientras os lleváis el dinero.

—Tomaremos el control de las instituciones políticas en nuestra comunidad. Luego del congreso, del senado, de los concejales, de la alcaldía, y de cualquier otra autoridad que podamos controlar. Tomaremos el control de las instituciones para poder destinar el dinero a la gente que lo necesite.

—Estáis soñando —dijo alguien—. Podéis controlar las instituciones sociales y políticas pero, a menos que controléis las instituciones económicas y militares, no llegaréis a mucho.

Todo el mundo se quedó callado, pensando.

—Bueno, y entonces ¿qué se supone que tenemos que hacer? ¿Quedarnos sentados y no hacer nada?

—Luchar para que la comunidad tome el control es sólo el primer paso. Tiene un límite. Lo que necesitáis es una revolución.

Todo el mundo empezó a hablar sobre lo que había dicho el hermano. Estábamos confusos pero también entusiasmados. Eso era lo que más me gustaba de aquellos tiempos. Estábamos vivos y convencidos de que un día seríamos libres. Para nosotros no era una cuestión de si lo íbamos a conseguir o no, sino de cómo.

Siempre empezábamos hablando de reformas y terminábamos hablando de revolución. Cuando hablabas de cualquier cambio serio, más allá de cuatro nimiedades, la reforma no servía para nada. Yo hacía mucho que había dejado de creer que la reforma servía para algo, pero la revolución era un gran interrogante. Yo creía, de todo corazón, que era posible. Pero la cuestión era cómo.

Había oído muchas cosas sobre la República de la Nueva África y me había prometido ir a conocerlos. El Gobierno Provisional de la República de Nueva África defendía el establecimiento de una nación Negra independiente dentro de EE. UU., compuesta por lo que es actualmente Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Mississippi y Louisiana. Entonces pensaba que el grupo era un tanto

extraño e irreal, pero me encontraba bien con ellos y me gustaba la idea de una nación Negra.

La primera vez que asistí a un acto de la República de Nueva África, me dejé llevar por el ambiente y disfruté de la intrepidez. El entorno era alegre y carnavalesco. Un grupo de hermanos tocaban los tambores con mensajes en watusi, zulú y yoruba. Grupos de hermanas y hermanos bailaban ritmos de sus tierras nativas hasta que su piel brillaba por el sudor. Se tejían discursos entre canciones y poemas. Hermanas y hermanos que vibraban con peinados Afros y vaporosas prendas Africanas se exhibían por los pasillos. Hermanos rapados, con botas y uniforme militar y trabillas de leopardo, se plantaban con los brazos cruzados y aspecto amenazador. Niñas con pañuelos africanos revoloteaban alrededor riendo, niñitos vestidos con dashikis. Gente que se llamaba Yamal, Malik, Kisha o Aiesha. El olor a incienso de sándalo y coco flotaba por el aire. Banderas negras, rojas y verdes colgaban de las vigas junto a pósters de Malcolm X y Marcus Garvey. Hombres de aspecto serio, con vaqueros y chupas militares verde olivo, distribuían folletos. Hermanas y hermanos con pinta exótica, ataviados en los colores rojo, negro y verde y sentados tras mesas cubiertas de fieltro vendían incienso, pendientes de cuentas y toda una serie de cosas.

—Paz, hermana —me dijo una voz—. ¿Quieres ser ciudadana?

—¿Cómo? —le pregunté, sin la más mínima noción de lo que me estaba diciendo.

—Ciudadana —me repitió—. ¿Quieres ser ciudadana de la República de Nueva África?

—¿Qué tengo que hacer?

—Muy fácil. Firma el libro de ciudadanos.

—¿Eso es todo?

—Sí. ¿Quieres un nombre?

—¿Un nombre?

—Sí, hermanita, un nombre. Si quieres un nombre Afrikano, pídele a ese hermano que está ahí que te adjudique uno.

El hermano al que señalaba llevaba un bubba¹⁵ largo con bombachos a juego y un fez también a juego. Llevaba varios collares

¹⁵ Túnica africana.

de cuentas, huesos, conchas y maderitas. Tenía un pendiente en la oreja izquierda y la cara tensa por la concentración, con las venas de la frente a punto de estallar. Sin pensármelo dos veces, fui a que me cambiara el nombre. El hermano me miró, me hizo un par de preguntas que no recuerdo y empezó a agitar una cajita como loco. Lanzó el contenido, que resultaron ser conchas, encima de un trapo. Después de observar intensamente las conchas y mirarme a mí alternativamente, el hermano decidió que mi nombre era Ybumi Oladele. Me deletreó el nombre para que lo escribiera y me apresuré a volver a la mesa de la hermana y convertirme en una ciudadana de la República de Nueva África. Ybumi Oladele. Me gustaba cómo sonaba. Suave y musical, como alegre. Me metí mi nuevo nombre en el bolsillo y seguí absorbiendo el ambiente, flipando con la idea de una nación Negra en Babilonia. Una nación de gente Negra justo en el vientre mismo de la bestia. Imaginando cómo florecía una juventud Negra, alimentada en escuelas negras, enseñada por profesores que les querían y les enseñaban a quererse. Controlando sus vidas, sus instituciones, trabajando conjuntamente para construir una sociedad más humana, terminando con el largo legado de sufrimiento que habían padecido a manos de américa. Al pensarlo empecé a alucinar y en un momento me puse a imaginar autobuses rojos, negros y verdes, edificios con motivos Africanos, *shows* televisivos Negros y pelis que reflejaran la esencia real de la vida Negra más que la esencia real del racismo blanco. Me imaginaba de todo, desde ciudades que se llamaran Malcolmville y Nueva Lumumba hasta una recepción para líderes revolucionarios de todo el mundo en la Black House. Me gustaba la idea de una nación Negra, sin duda, pero no la consideraba seriamente una solución posible. En ese momento, la idea parecía demasiado rocambolesca, incluso tener un nombre Africano me parecía también un poco exagerado. Les conté a mis amigos lo del nombre, hablamos de ello durante un par de días e inmediatamente me olvidé del tema.

Fue años más tarde —después de la universidad, de más activismo revolucionario y de casarme— cuando empecé a pensar seriamente en cambiarme el nombre. El nombre de JoAnne

empezaba a ponerme de los nervios. Había cambiado mucho y estaba en otra onda, me sentía otra persona. Me sonaba muy raro cuando la gente me llamaba JoAnne. Realmente no tenía nada que ver conmigo. No me sentía ni como JoAnne, ni como Negra, ni como amerikana. Me sentía una mujer Africana. Desde el momento en que me arreglaba el pelo por la mañana hasta el momento en que me metía en la cama por la noche, con Mingus de fondo, me sentía una mujer Afrikana y eso me llenaba de alegría. Mi gran cuadro blanco y negro que parecía una mancha de tinta abstracta fue reemplazado por cuadros de gente Negra y pósters revolucionarios. Mi vida se convirtió en una vida Africana, mi entorno fue adquiriendo sabor Africano, mi espíritu adoptó un brillo Africano. Desde los cuadros de la pared hasta los grandes cojines en el suelo, desde el incienso en el ambiente hasta la música que bailaba por los cuartos, mi vida entera se movía a ritmo Africano. Mi mente, corazón y alma habían vuelto a África pero mi nombre estaba encallado en algún lugar de Europa. JoAnne era ya bastante malo, pero al menos me lo había puesto mi madre. En cuanto a Chesimard, en fin, sólo tenía una explicación. Alguien llamado Chesimard había sido el patrón de los ancestros de mi ex marido. Chesimard, como casi todos los apellidos de los Negros de hoy se remonta a los massa blancos. La gente Negra pasaba de ser Mary, la del señor Johnson, y Paul, el del señor Jackson, a ser Mary Johnson y Paul Jackson. A veces, antes de quedarme dormida, me quedaba pensando en ello, preguntándome cuántos esclavos habría tenido Chesimard en Martinica y con qué frecuencia les pegaría. Me quedaba mirando el techo preguntándome a cuántas negras habría violado Chesimard, cuántos bebés Negros habría engendrado y a cuántos Negros habría matado.

Así que ese nombre tenía que desaparecer. Pensé lo de Ybumi Oladele, pero había un problema. No sabía lo que significaba. Mi nuevo nombre tenía que tener un significado especial para mí. En aquel momento, circulaban panfletos con listas de nombres y sus significados, pero me costaba encontrar uno que me gustara. Muchos de los nombres eran de flores, canciones, pájaros y otras cosas por el estilo. Otros significaban «nacido en jueves», «fiel, leal» o

incluso cosas como «lágrimas» o «pequeño idiota» o «la que se ríe». Los nombres de mujer no tenían nada que ver con los de hombre, que significaban cosas como «fuerte, guerrero, hombre de hierro, valiente», etc. Yo quería un nombre que tuviera algo que ver con la lucha, algo que ver con la liberación de nuestra gente. Me decidí por Assata Olugbala Shakur. Assata significa «la que lucha», Olugbala significa «Amor para el pueblo», y tomé el apellido Shakur por respeto a Zayd y a su familia. Shakur significa «la agradecida».

En un principio, la asociación Golden Drums concentraba sus esfuerzos en la cultura e historia Negras. Pero después de un tiempo, comenzamos a analizar nuestro papel como estudiantes. No queríamos ser simples loros de repetición, memorizando cualquier información, dato o mentira que nos dieran, para luego reproducirlo todo en los exámenes. Empezamos a hablar de una educación que tuviera sentido para nosotros, una educación que pudiéramos llevar a nuestras comunidades. No queríamos aprender Latín o Griego clásico. Queríamos aprender cosas que fueran útiles para ayudar a liberar a nuestra gente.

Una de nuestras primeras batallas se centró en el consejo de estudiantes. La mayor parte de nosotros veníamos de familias obreras o pobres y queríamos un consejo que respondiera a nuestras necesidades. No necesitábamos uno que le lamiera el culo a la dirección de la universidad a cambio de favores y buenas notas. Queríamos un consejo estudiantil que apoyara un programa de estudios Negros, más profesorado Negro y otras reivindicaciones Negras. Como resultado, la Golden Drums y la Students for Democratic Society (Estudiantes por una Sociedad Democrática) se unieron y arrasaron.

Enseguida se hizo evidente que no bastaba con controlar el consejo estudiantil. No implicaba un poder real. Aprobábamos mociones y hacíamos propuestas que el cuerpo directivo denegaba directamente. Para lo único que teníamos poder era para administrar el presupuesto del consejo estudiantil. En vez de invitar a «eruditos» reaccionarios o a políticos, invitábamos a los Young Lords o al Partido de las Panteras Negras o a cualquier otro grupo que consideráramos relevante.

Una de nuestras propuestas era que los estudiantes trabajaran durante el verano en programas de refuerzo para mejorar el nivel de los niños que tenían dificultades con la lectura y las mates. Nuestra idea era que cada estudiante-profesor estuviera a cargo de unos pocos niños. De esa manera, cada uno recibiría la atención personalizada que necesitara. El programa académico se complementaría con clases para mejorar la autoestima de los estudiantes y darles una idea de su historia. Los estudiantes-profesores trabajarían con los padres, visitarían sus casas y crearían una especie de campamento de día que ofreciera deportes, excursiones, manualidades, etc. Varios de los profesores Negros nos ayudaron con la propuesta. Nada más presentarla, fue denegada.

La administración alegó que no había dinero. Una rápida investigación de las finanzas, apoyada por algunos profesores Negros y blancos, reveló que el rector de la universidad vivía en una casa de la que no pagaba alquiler, que los contribuyentes también le proporcionaban chófer y servicio doméstico y que las cuotas de los estudiantes que no se habían gastado en años anteriores las había invertido en la Bolsa. Salió a la luz un extraño panorama financiero. Tras revelar algunos de los resultados de nuestra investigación a la administración, nos informaron de que se había encontrado dinero para el proyecto.

Como estudiante-profesora, daba clase de lectura y mates por la mañana y plástica por la tarde. Los grupos de la mañana eran más reducidos, mientras que por la tarde se unían varios grupos y eran clases más numerosas. El plan de estudios incluía historia Negra, danza y percusión, educación física, plástica, además de lectura y matemáticas. Todos los viernes por la tarde hacíamos una excursión.

Mi madre no podía creer que yo estuviera dando clase de lectura y escritura. Mi ortografía es terrible y mi conocimiento matemático se limitaba a dos más dos igual a cuatro. Para prepararme las clases, tenía que estudiar tanto como los chavales. Mis alumnos me dejaban pasmada. Hablando con ellos, saltaba a la vista lo listos que eran, pero sus notas en lectura y Aritmética estaban por debajo de su nivel. Había tal contradicción entre la inteligencia que mostraban en clase y las notas de sus exámenes que

no sabía por dónde empezar. Los libros con los que teníamos que trabajar eran los de Reader's Digest —libros de texto que no me veía utilizando—. No me entraban ni ganas de leer esas cosas y estaba convencida que a mis estudiantes tampoco. Así que cada día sacaba el vocabulario de esos libros y escribía una pequeña historia sobre algo que pensaba que podía interesar a mis alumnos, lo pasaba a una plantilla y sacaba las fotocopias. Traía todo tipo de libros a la escuela para que leyeran y mientras les interesaran, aquellos chavales podían leer sin límite. Yo estaba aprendiendo tanto como ellos. Me parecía opresivo interpretar todo el tiempo el papel de profe, así que todos los días cambiaba los papeles. Todos podían ser profes un rato. Era genial para la disciplina, puesto que si alguien te daba guerra en tu clase, tú eras libre de dar guerra en la suya. Nadie quería gente que diera guerra en su clase, así que todos se portaban más o menos bien.

Para dar clase, cada uno teníamos que prepararla y saber de lo que se iba a hablar. Uno de los chicos de la clase se esforzaba tanto que me sobrepasaba. No sé dónde estará ahora o qué estará haciendo, pero si no es profesor, es una verdadera pena, porque hubiera sido un profesor magnífico. Recortaba imágenes e incluso se inventaba juegos matemáticos para que jugáramos.

Mi clase de la tarde era normalmente agotadora. Barro, pintura, papel-maché por todas partes y en todos, especialmente en mí. Los primeros días de clase sólo me entraban ganas de llorar. El primer día de clase de plástica, como no tenía nada preparado, les pedí que se dibujaran a sí mismos. Cuando vi los dibujos casi me desmayo. Todos los estudiantes eran Negros, pero sus dibujos mostraban un montón de niños blancos, rubios y de ojos azules. Estaba horrorizada. Fui a casa y arramplé con todas las revistas que encontré con fotos de Negros. Al día siguiente, llegué antes de la clase y empapelé el aula con fotos de gente Negra. Hablamos de lo que pensábamos que era la belleza. Hablamos de todos los tipos de belleza que existen y de todos los diferentes tipos de flores que hay en el mundo. Y luego hablamos sobre los diferentes conceptos de belleza que tiene la gente y sobre la belleza de los Negros. Hablamos sobre nuestros labios y nuestras narices. Hicimos máscaras Africanas con barro y papel-maché, hicimos esculturas

Africanas, pintamos cuadros de gente Negra, de barrios Negros. Durante ese verano sentí que la clase cambiaba. Los chavales estaban cambiando y yo también. Nos sentíamos bien con nosotros mismos y bien por estar juntos.

Estaba tan implicada trabajando en la escuela que no tenía tiempo para nada más. Si un alumno no venía a clase, iba a su casa ese mismo día para enterarme de por qué había faltado. Llegaba a casa y me pasaba horas reescribiendo alguna historia o preparando la clase del día siguiente. La mitad de las veces mi madre me encontraba dormida, con un libro en las manos y la luz encendida. Me encantaba trabajar con los chavales y me encantaba enseñar. Mi madre me ayudó bastante y nos unimos más que nunca. Pensé en hacerme profesora pero luego decidí que no.

Por primera vez, me di cuenta de lo que mi madre había pasado durante todos esos años intentando dar clase en colegios de Nueva York. La mayoría de los directores están atrapados por la burocracia y empujan a los profesores también a caer en la trampa. Les importa más lo que hayan escrito los profesores en sus programas que lo que enseñen de hecho en clase. Mi madre trabajaba en un entorno en el que profesores blancos frecuentemente mostraban una actitud hostil y condescendiente hacia los niños Negros y donde algunas profesoras se consideraban a sí mismas más guardas del zoo que profesoras.

Por mucho que me encantara trabajar con niños, sabía que nunca podría participar en el tipo de educación oficialista. No iba a enseñar a ningún niño Negro a jurar la bandera o a pensar que George Washington era genial o alguna otra mierda por el estilo.

Ese otoño, el nivel de actividad en el campus superó todas nuestras expectativas. Muchísimos alumnos se involucraron en el movimiento contra la guerra. Parecía que no daba tiempo a enterarse de todo lo que estaba sucediendo. Un día estaba en la manifestación de los trabajadores de la construcción y al siguiente manifestándome con las madres sin recursos. Nos apuntábamos a todo: huelgas contra los alquileres, sentadas, la ocupación del edificio oficial estatal de Harlem, lo que fuera. Si estábamos de acuerdo, tratábamos de apoyarlo de algún modo. Cuanto más activa estaba, más me gustaba. Era como una medicina, me hacía bien,

me llenaba. Me sentía en mi salsa. Por primera vez, mi vida parecía tener sentido de verdad. Dondequiera que mirara, había gente Negra luchando, Puertorriqueños luchando. Era precioso. Amo a la gente Negra, me da igual lo que estén haciendo, pero cuando la gente Negra lucha es cuando más bellos me parecen.

Como siempre, iba acelerada. Mi energía no podía dejar de revolotear. Estaba atrapada en la música de la lucha y quería bailar. Nunca estaba aburrida y nunca me sentía sola, y los hermanos y hermanas con los que trabé amistad fueron maravillosos para mí. Mencionaría sus nombres, pero tal y como están las cosas actualmente, sólo estaría mandando al FBI y a la CIA a su puerta.

Había muchos grupos comunistas en el campus. En ese momento no tenía ni idea de que hubiera tantos tipos de comunistas y socialistas. Me habían lavado el cerebro tanto que pensaba que todos los comunistas eran iguales, fueran Marxistas, Leninistas, Maoístas, Trotskistas, etc. La mayoría de los llamados comunistas que conocí no estaba en ningún partido, se identificaba con la filosofía comunista, sin más. La mayor parte seguía líneas y políticas muy diferentes y era difícil que se sentaran y llegaran a un acuerdo sobre la hora, mucho menos organizar alguna «conspiración comunista».

Me sorprendió enterarme de que había todo tipo de países capitalistas y distintos tipos de países comunistas. Había oído hablar tanto del «bloque comunista» y «tras el Telón de Acero» en los medios de comunicación, que tenía la impresión de que todos esos países eran iguales. Aunque sean todos socialistas, Alemania del Este, Bulgaria, Cuba y Corea del Norte son como la noche y el día. Todos ellos tienen una historia diferente, poseen culturas distintas y formas diferentes de aplicar la teoría socialista aunque tengan el mismo sistema económico y un sistema político similar.¹⁶ Nunca ha dejado de sorprenderme cómo se puede manipular a tanta gente para que odien a otros que nunca les han hecho ningún daño. Sólo

¹⁶ Huelga decir que Assata escribió su autobiografía antes de 1989, cuando todavía existía un bloque socialista. Como en otros puntos del texto, hemos preferido respetar su selección de tiempos verbales. (N. de las TT.)

con mencionar la palabra «comunista» muchos de estos idiotas de color rojo, blanco y azul serían capaces de matar.

No estaba en contra del comunismo, pero tampoco puedo decir que estuviera a favor. En un primer momento, lo miraba de forma sospechosa, como algún tipo de invención de los blancos, hasta que leí libros de revolucionarios Africanos y estudié los movimientos de liberación de ese continente. Los revolucionarios en África comprendían que la cuestión de la liberación Africana no era sólo una cuestión de raza, que incluso si lograban deshacerse de los colonizadores, a menos que se liberaran ellos mismos de la estructura económica capitalista, esos colonizadores blancos serían reemplazados por neocolonizadores Negros. No hubo un solo movimiento de liberación en Africa que no luchara por el socialismo. De hecho, no había un solo movimiento de liberación en el mundo entero que estuviera luchando por el capitalismo. Todo se reducía a una simple ecuación: cualquier cosa que tenga algún tipo de valor ha sido fabricada, extraída, sembrada, producida y procesada por el trabajo de personas. Entonces ¿por qué no pertenece colectivamente esa riqueza a quienes la trabajan? ¿Por qué no controlan sus propios recursos quienes los trabajan? El capitalismo significaba que la riqueza pertenecía a los ricos empresarios, mientras que el socialismo significaba que la riqueza pertenecía a quienes la producían.

Entraba en discusiones acaloradas con hermanas o hermanos que sostenían que la opresión de los Negros era sólo una cuestión de raza. Yo alegaba que también había opresores Negros. Por eso hay Negros que apoyan a Nixon o Reagan o a otros conservadores. Los Negros con dinero siempre suelen apoyar a los candidatos que creen que protegen sus intereses económicos. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que los Negros están oprimidos tanto por clase social como por raza, porque somos pobres y porque somos Negros. Me hervía la sangre cada vez que alguien hablaba de Negros que trepan hacia el éxito. Siempre que hablas de una escalera, hablas de un arriba y un abajo, una clase alta y una clase baja, una clase rica y una clase pobre. Mientras tengamos un sistema con un arriba y un abajo, los Negros siempre terminarán abajo, porque somos los más fáciles de discriminar. Por eso no veía el sentido de luchar dentro del sistema. Tanto el partido demócrata como el

partido republicano están controlados por millonarios. Están interesados en conservar su poder mientras que yo estaba interesada en eliminarlo. Ellos estaban interesados en apoyar dictaduras fascistas en América del Sur y Central, mientras que yo quería derrocarlas. Estaban interesados en apoyar regímenes racistas y fascistas en África mientras lo que yo quería era verlos caer. Estaban interesados en derrotar al Vietcong y yo en ver su liberación. Tenía colgado un póster de la masacre de My Lai, que mostraba a mujeres y niños amontonados, con los cuerpos acribillados a balazos, como recordatorio diario de la brutalidad de este mundo.

En el Manhattan Community College había una clase sobre la historia de Puerto Rico. Las hermanas y hermanos Puertorriqueños que sabían lo que estaba ocurriendo fueron nuestros profesores. Siempre había tenido amigos Puertorriqueños y ni siquiera sabía que Puerto Rico era una colonia. Nos hablaron de la larga y valiente lucha contra los colonizadores españoles y más adelante contra el gobierno de EE.UU., y sobre sus líderes revolucionarios, los Cinco de Puerto Rico: Lolita Lebrón, Rafael Miranda, Andrés Cordero, Irving Flores y Óscar Collazo, que se habían pasado más de un cuarto de siglo entre rejas por luchar por la independencia de Puerto Rico. Cuando conoces un poco la historia de un pueblo, sus héroes, sus penurias y sus sacrificios, es más fácil luchar con ellos, apoyar su lucha. Para mucha gente en este país, las personas que viven en otros lugares no tienen cara. Así es como lo quiere el gobierno de EE.UU. Se imaginan que mientras la gente no tenga cara y el país no tenga forma, los americanos no protestarán cuando manden a sus marines a borrarles del mapa.

Había comenzado a verme a mí misma como socialista, pero no me veía en absoluto uniéndome a ninguna de las organizaciones socialistas con las que me había topado. Me encantaba escucharlos y discutir con ellos pero por nada del mundo me veía como miembro de alguna. Para empezar, no podía soportar las actitudes paternalistas y condescendientes que algunas personas blancas tenían en esos grupos. Algunos de los miembros más mayores pensaban que, puesto que llevaban años luchando por el socialismo, conocían todas las respuestas a los problemas de la gente Negra y todos los aspectos de la lucha de Liberación Negra. No me identificaba con

la idea del gran salvador blanco en la tierra ni tampoco con el gran padre blanco en el cielo. Estaba dispuesta a aprender todo lo que pudiera de ellos, pero no estaba ni de coña dispuesta a aceptarlos como líderes de la lucha de Liberación Negra. Unos pocos pensaban que tenían el monopolio sobre Marx y actuaban como si los únicos expertos en el mundo sobre el socialismo vinieran de Europa. En muchos casos minusvaloraban las contribuciones teóricas y prácticas de revolucionarios del Tercer Mundo como Fidel Castro, Ho Chi Minh, Augustino Neto y otros líderes de movimientos de liberación en el Tercer Mundo.

Otra cosa con la que no me identificaba era la arrogancia y el dogmatismo que encontraba en algunos de estos grupos.

Un miembro de un grupo me dijo que si estaba realmente preocupada por la liberación de la gente Negra debería dejar la universidad y ponerme a trabajar en una fábrica, que si quería derrocar el sistema tendría que trabajar en una fábrica y organizar a los trabajadores. Cuando le pregunté por qué no estaba él trabajando en una fábrica y organizando a los trabajadores, me dijo que él se quedaba en la universidad para organizar a los estudiantes. Le dije que yo también estaba trabajando organizando a los estudiantes y que estaba totalmente segura de que los trabajadores se podían organizar ellos mismos sin necesidad de que fueran estudiantes universitarios a hacerlo por ellos. Algunos de aquellos grupos salían con teorías abstractas e intelectuales, sin ninguna aplicación práctica, y juraban que tenían las respuestas para todos los problemas del mundo. Atacaban a los Vietnamitas por participar en las conferencias de paz de París, postulando que al negociar el Vietcong se estaba vendiendo a los EE.UU. Creo que se sintieron insultados cuando les pregunté cómo una panda de blancos fofos que no eran capaces de encontrar la salida de una barraca infantil tenía la jeta de pensar que podrían decirle al pueblo Vietnamita cómo gobernarse.

La arrogancia era uno de los factores clave que mantenía a la izquierda blanca tan dividida. Me parecía que, en lugar de luchar juntos contra el enemigo común, malgastaban el tiempo peleándose entre ellos sobre quién realizaba el análisis más acertado.

Aunque respetaba el trabajo y las posiciones políticas de muchos grupos de izquierda, me parecía necesario que la gente Negra se

juntara y que organizáramos nuestras propias estructuras y nuestro propio partido político revolucionario. La amistad está basada en el respeto. Mientras gran parte de la izquierda blanca creyera que su papel era el de educar, reclutar y dirigir a revolucionarios Negros, yo no podía ver cómo podía darse una verdadera relación de amistad. Sentía, y todavía lo siento, que es necesario que los revolucionarios Negros se junten, que analicemos nuestra historia y nuestra condición actual con el fin de definirnos a nosotros mismos y nuestra lucha. La autodeterminación Negra es un derecho básico, y si no tenemos derecho a decidir sobre nuestro destino, entonces ¿quién lo tiene? Creo que para conseguir nuestra liberación debemos tener una posición de poder y de unidad, y que un partido revolucionario Negro, liderado por líderes revolucionarios, es fundamental. Creo en la unión con revolucionarios blancos para luchar contra un enemigo común, pero estaba convencida de que tenía que ser sobre la base del poder y de la unidad y no de la debilidad y de la unidad a cualquier precio.

A mi madre

*A mi madre,
que se ha tragado el sueño amerikano
y se ha ahogado en él.*

*A mi madre,
cuyos sueños han luchado entre ellos
y han muerto.*

*Que ve,
pero no puede soportar ver.
Un volcán que come su propia lava.*

*A mi madre,
que no pudo convertir
el infierno en paraíso
y se echó la culpa.*

Que siempre ha visto
reflejado en su espejo
un patito feo.

A mi madre,
que no exige nada a nadie
porque piensa que no puede permitírselo.
Que piensa que su dinero habla
más alto que su feminidad.

A mi brava madre,
que siempre
se ha ocupado de todo.
Que nunca se ha deslizado
perezosamente a dormir
pensando «él se ocupará».
Ha urdido tanto,
que a veces ha urdido contra ella misma.

A mi dulce, tímida madre.
Que no está cómoda con la gente
porque no sabe cómo ser falsa,
y tiene miedo de ser auténtica,

Que ha suspirado con jardines esculpados
cuyo tiesto
muere lentamente en el alféizar de la ventana.

Todos hemos sido infectados
por una enfermedad
que puede rastrearse
hasta el lugar donde nos subastaron.

No debes sentirte culpable
por lo que nos han hecho.
Sólo los fuertes se vuelven locos.
Los débiles se dejan llevar.

Y lo que pensé que era crueldad,
entiendo que era miedo
a que otras manos, más fuertes que las tuyas,
y más blancas que las tuyas
estrangulasen mi joven vida
hasta el olvido.

Madre, estoy orgullosa de ti.
Te miro y veo la fuerza
de nuestra gente.
Te he visto luchar
en la oscuridad
mientras el mundo te golpeaba en la espalda,
arrastrando tu presa de vuelta a nuestra guarida.
Sacando tus pucheros y sartenes
para cocinarla.
Fregona en una mano,
lápiz en la otra
evaluando mis deberes
con tu amor.

Los heridos no tienen la culpa.
Deja que la culpa caiga sobre los que hieren.

Deja atrás el pasado,
donde corresponde,
y ven conmigo
hacia el mañana.

Te quiero, mamita,
porque eres preciosa,
y yo soy la vida que emana de ti
parte árbol, parte hierba, parte flor.

Mis raíces son profundas.
He sido bien alimentada.